

PALABRAS PARA VENEZUELA 2012

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Muchísimas gracias a don Juan Carlos Escotet, a sus compañeros, a ustedes que vinieron aquí para escucharnos. Creo que estas “Palabras para Venezuela” deben hacer referencia a las experiencias de cada uno de nosotros, a los esfuerzos que ha hecho cada quien a su modo y a su tiempo, para hacer que la economía de nuestros países pueda tener un rostro un poco más humano.

Vengo de un país que tiene una larga tradición en la lucha por desarrollarse. Nací en los años treinta —en 1931 para ser más sincero— y para mi generación la obsesión era el desarrollo, no se hablaba de otra cosa. Brasil en el Siglo XX, hasta el año 1980, creció per cápita más que todos los países, con excepción de Japón. Crecimos, pero teníamos todavía una obsesión: crecimiento no es desarrollo. Y el punto de partida de mi país dificultó su desarrollo más pleno: el crecimiento del Brasil colonial y del Brasil monárquico del siglo XIX se dio bajo el sistema de la esclavitud, en consecuencia siempre tuvimos una marca que nos ha preocupado muchísimo, que es la pobreza y la desigualdad social. El país crecía, pero no se sentía reconocido, ni podía serlo, porque la llaga de la desigualdad era muy fuerte, la pobreza era enorme.

Entonces, fue después de un gran salto, con la Primera y luego con la Segunda Guerra Mundial, cuando Brasil realmente empezó una marcha acelerada hacia su industrialización —especialmente en el régimen todavía dictatorial de Getulio Vargas—, el país se urbanizó, hubo una gran migración interna, un desplazamiento de poblaciones de las zonas más pobres del país a las más opulentas. Mi ciudad, Sao Paulo, crecía en los años setenta al 5% al año, teníamos entonces 5 millones de habitantes, lo cual significa que entraron 250 mil nuevos habitantes a esta ciudad. De ahí la imposibilidad de ofrecer empleo a todos; el sistema educacional no fue capaz de crecer en la misma proporción de la demanda; el sistema de salud era prácticamente inexistente; todo lo urbano como el alcantarillado, el transporte, todo, quedó corto frente al desafío debido a la gran y masiva migración.

En los años 70, la tasa promedio de crecimiento económico de Brasil fue del 7% al año de forma continua y sin embargo el país seguía con sus grandes desafíos, el crecimiento no atendía a lo que la gente anhelaba como futuro, no era un

crecimiento que pudiese ser compartido por todos los brasileños y, en consecuencia, teníamos todos un grado de riqueza relativo, nos sentíamos culpables y todo el tiempo el país discutía que era necesario cambiar eso. Pero había que cambiar primero el régimen dictatorial de los militares y obtener la libertad, y ese fue un momento muy importante al que siguió una crisis económica del mundo, que fue la crisis del petróleo. La crisis del 82 fue la más fuerte que nos ha tocado, pues en ese entonces Brasil importaba petróleo, todavía no teníamos la enorme cantidad de petróleo de la que disponemos hoy en día y eso provocó un desequilibrio en nuestras cuentas externas y en consecuencia también muchos desatinos en la forma de gobernar: una inflación que mermó la capacidad y el empuje de nuestra economía.

Los años 80, como se suele decir, fueron una década perdida. Relativamente pérdida, diría yo, porque fue también en Brasil la de la recuperación de la libertad, con muchos movimientos callejeros, huelgas en San Bernardo —donde Lula fue uno de los principales actores—, movimientos de resistencia democrática, con la crisis económica y las dificultades que debían contemplar las demandas sociales que crecían y que eran imposibles en un gobierno dictatorial.

No nos vino la democracia como una bendición del cielo. Vino por lucha, pero vino también por la capacidad de quienes lideramos el proceso de transición y, de alguna manera, entendimos cuáles eran nuestras posibilidades, nuestros límites y nuestra capacidad de negociación. Aprendimos que era una situación muy difícil, que no bastaba con tener la razón, que es necesario crear fuerzas para que la razón pueda imponerse y más, que la razón de unos a veces no es la misma de otros y que, en consecuencia, si somos demócratas, tenemos que abrir siempre un espacio al otro: el diálogo es necesario aún en las peores condiciones, en las más difíciles, e hicimos una transición que fue lenta, pero que se dio a partir de una serie de negociaciones.

Finalmente —y creo que ese fue el primer marco del Brasil contemporáneo— logramos una nueva Constitución en 1988. Brasil hasta entonces era conocido como un país que tenía futuro. El escritor alemán Stefan Zweig, muy famoso en su época, escribió el libro Brasil, el país del futuro, cuando Vargas era dictador y eso le costó mucha crítica, porque él era un judío refugiado y estaba elogiando a un país bajo una dictadura. Pero tenía razón, era un país de futuro.

A partir de 1988, empezamos a encontrarnos con nuestro futuro. El paso inicial para que Brasil pudiese lograrlo que hoy logra —hoy es el Darling, L'Enfant Gaté y no sé cuanto cosas más— fue la redemocratización y la nueva Constitución de

1988. Y Les cuento por qué. Mencioné que en los años 70 la tasa de crecimiento era del 7% anual, pero eso no contemplaba a las personas, después de la Constitución, con la libertad, la democracia y la movilización de la sociedad civil, las demandas crecieron y como el voto pasó a ser el criterio de solución al poder, no hubo más gobierno que pudiera existir sin mirar hacia abajo, sin hacer algo para enfrentar esas demandas sociales, la educación, la salud, la reforma agraria. Todo eso estaba de alguna manera contenido en el marco de la nueva Constitución, que es, diría, además de demócrata, social demócrata, porque dibuja un futuro en el cual hay realmente posibilidad de que todos se sientan más cómodos —pese a la desigualdad, factible de disminuir—, sientan que existe una esperanza y un marco en el cual todos reconozcan que es posible convivir con alguna satisfacción.

Yo fui parte de esa Asamblea Constituyente y fui incluso relator adjunto de la Constitución de 1988, muy criticada en la época y que de vez en cuando sigue siéndolo, porque se decía que la Constitución demandaba más de lo que el gobierno podía, que no había una condición fiscal suficiente para hacer frente a las demandas. Pero una Constitución no se hace para reconocer lo que está, sino de alguna manera, para garantizar un camino hacia el futuro. Y la nuestra era ese camino y asegura alguna libertad, mucha libertad y algunas reglas para permitir que se sepa dentro de qué límites quienes mandan pueden decir sí o no y dentro de qué límites los que demandan también pueden o no manifestarse. Y a partir de ahí se estableció una dinámica nueva en el país, que forzó a las cámaras, por la multipartidaria, a una discusión sobre cuál era el futuro del país. Algunos votaron en contra de la Constitución, después creo que se arrepintieron. Hoy gobiernan y están siguiéndola, porque el pueblo aceptó la Constitución como algo que vale la pena.

El segundo gran paso para que Brasil pudiera ser lo que es hoy, se dio con un presidente que, a pesar de sufrir un impeachment (acusación), tuvo la osadía de hacer algo que parecía muy difícil: abrió la economía y bajó los aranceles externos. El país había crecido, como dije ya, principalmente en la época de las guerras, porque hubo una especie de protección natural que interrumpió el flujo de importaciones y fue más fácil hacer la sustitución de importaciones y crecimos en base a ese mecanismo que daba ciertos beneficios a quienes producían localmente y así se protegía el mercado y los aranceles elevados. Eso fue importante, un momento necesario, pero llegó un momento, con la globalización y además por el propio crecimiento del país, que eso fue insuficiente: había que integrarse a la economía global, pero eso no se puede lograr con ciertas condiciones, sin que el país esté preparado, sin que existan reglas, sin que haya también mecanismos que permitan que esa incorporación no se procese en

desmedro de lo que ya está creado y que destruya, en consecuencia, la industria y la actividad económica que ahí está puesta.

Al comienzo, hubo mucho susto con la baja de los aranceles, pero fue un punto importante. Debo reconocer —fui Ministro de Finanzas después de eso, en otro gobierno— que sentí la presión que había para que no siguiéramos abriendo la economía. Si no hubiésemos continuado la apertura no habríamos mejorado la calidad de nuestra producción, no tendríamos la capacidad de aumentar la productividad, no estaríamos en condiciones de ser lo que somos hoy en día, un país que compite no sólo internamente sino globalmente y que participa de un proceso de transformación que se da a nivel más global.

El tercer punto importante para lograr el éxito en Brasil fue el fin de la inflación, es decir, la estabilidad de la economía. No voy a entrar en detalles, pero fue la formulación del “Plan Real” y más que la formulación la operación de un conjunto de reglas que institucionalizaron el modo cómo los señores que gobiernan en cierto momento deben proceder en la economía con respecto a una cierta responsabilidad fiscal, lo cual no quiere decir que un país no puede o no debe endeudarse como las empresas, pero depende de en qué condiciones lo haga, hay límites para eso y tampoco se puede permitir que un gobierno forme deudas para que el gobierno siguiente las pague, eso no está permitido en la Ley de Responsabilidad.

Además de eso, aprendimos, después de la estabilización, cómo lidiar con un factor muy complicado, qué hacer con la tasa de interés y qué hacer con la tasa de intercambio, con el cambio. Y nos costó mucho, nos costó crisis y dificultades muy grandes para lograr aprender que es mejor dejar el cambio flotando y que es mejor que exista también una cierta autonomía del Banco Central para que pueda fijar la tasa de interés de acuerdo a las condiciones del mercado. Desde luego, todo eso en base a una política económica en la cual el gobierno tiene la palabra, porque el gobierno es el que expresa la opinión del pueblo, pero respetando también ciertos límites, o sea, la institucionalización de ciertos mecanismos de la vida económica. Pero no solamente se trata de la vida económica, si se construyó algo sólido en Brasil fue la institucionalización de la vida política, de la justicia de la vida económica respecto a las reglas de la ley, lo que es muy importante, no sólo para las empresas, sino para el ciudadano que puede saber cuáles son sus derechos. De alguna manera, hubo otra vez el renacimiento del sentido de que la justicia forma parte de la democracia y de que la justicia es independiente, que el gobierno no puede frenar, que tiene que garantizar condiciones para que esa justicia opere independientemente.

Esos momentos de estabilidad económica, de formación, de consolidación de reglas institucionales, han sido pasos muy importantes. Por ende, también nos dimos cuenta de que no se podía dejar que el mercado cuide mejorar las condiciones de vida del pueblo, no es así, debe existir una actividad gubernamental muy direccionada.

Por ejemplo, todo lo que había en la Constitución sobre la condición de salud lo hemos puesto en marcha. Hoy en Brasil somos 190 millones de personas, todos tienen acceso a los hospitales, algunos reciben de manera gratuita su medicamento en casa, cuando no pueden moverse. Quien requiere un trasplante de hígado lo tiene gratuito, lo que es bueno ¿no?: más o menos. Las cosas van mejorando, la gente se queja —y mucho— por las razones obvias de que la gente también toma conciencia de sus derechos y exige más y dice más y exige ser tratada como persona y eso promueve siempre un movimiento en el que se quiere más: pero hay salud.

La educación fundamental, a la cual no tenían acceso los brasileños, en mi gobierno se logró que fuera generalizada, todos tienen ahora acceso, lo cual significa que 98% de los niños en edad escolar están en las escuelas. ¿Eso soluciona todo? No, porque eso va a presionar a la enseñanza secundaria, la cual ahora sufre de problemas graves y luego lo hará con la superior, o sea la vida que sigue.

Pero los marcos de una sociedad dinámica están puestos y más, basados en la ciudadanía, las organizaciones de la sociedad civil saben que pueden demandar y cuando el gobierno hace algo que no les gusta, van a la Justicia y hay millones de acciones judiciales en Brasil, una cosa realmente impresionante. Bueno, eso es lo que dio el dinamismo para que fuera posible avanzar, así como un conjunto de medidas sociales importantes.

Les cuento dos o tres cosas más para no cansarlos con mis palabras, pues quiero también escuchar a mis compañeros. Desde el año 93 hasta hoy, hicimos una política de alza continua del salario vital, del mínimo vital. En mi gobierno fueron 44% de aumento real, en el gobierno del Presidente Lula (Da Silva) 48%, en el gobierno anterior al mío fue menos porque no había tiempo, yo era ministro de Finanzas y apenas empezaba esa política. Ahora con la presidenta Dilma(Rousseff) sigue, es una política de Estado, lo cual llega a un punto en que también hay que ver las cosas con cuidado, porque no puede aumentar el salario vital sobre la productividad, aunque esté implantada en una política importante.

Luego, hay políticas de protección a la vejez. Los mayores que no tienen condiciones en sus familias, reciben una pensión y por ende las famosas bolsas que empezaron como bolsas de educación, bolsas para las mujeres embarazadas —había varias bolsas— el presidente Lula juntó todas, cambió los nombres, y se empezaron a llamar Bolsa Familia y eso tiene su influencia.

En el último estudio que vi, la condición de la población brasileña ha mejorado enormemente, y como ejemplo sencillo vemos que la llamada clase C en Brasil, que son las llamadas clases medias emergentes, pasó aceleradamente del 30 al 50% de la población en un periodo de unos veinte años, y eso va creciendo cada vez más.

Por otra parte, se ve que la pobreza cayó muy fuertemente con el plan de estabilización del “Plan Real”: del 44%, 43% al treinta y pocos; después fue cayendo y ahora debe estar alrededor de un 23% de la población. Y los más pobres entre los pobres, los miserables, cayeron más de prisa todavía y eso se debe en gran parte a ese mecanismo de bolsas que van directamente a los más pobres.

Sin embargo, cuando se analiza por qué hubo una ampliación de la clase C y su dinamismo, vemos que eso se debe a dos cosas: a la renta generada por la expansión del mercado de trabajo, al aumento continuo del sueldo mínimo vital y a la expansión de la enseñanza escolar.

El país tiene otra vez esperanza, la gente no está bien, pero sabe que lo puede estar mañana o sabe que sus hijos pueden estar mejor, tiene esperanza y los gobiernos no pueden mirar eso de una manera demagógica, o sea, el gobierno no puede apropiarse de algo que es de la ciudadanía, eso es algo que está realmente ya enraizado en la cultura del país, en la gente que está haciendo la transformación.

Esa transformación, desde luego, no podía darse si no hubiese habido inversión. Crecimiento económico significa más inversión e inversión productiva significa aumento del coeficiente tecnológico y como consecuencia ciencia, tecnología, e incorporación de todo eso a la dinámica de la sociedad, al reconocimiento por parte de la sociedad de la importancia de la creatividad y de la necesidad de que permanentemente las empresas intenten mejorar cosas y la incorporación de nuevas tecnologías. Y me refiero a empresas, pero eso vale para el gobierno

también, que tiene que estar volcado a esas transformaciones de forma permanente.

Además, logramos en Brasil un tipo de pacto, en el sentido de que no hay una disputa sobre si todo debe ser privado o del Estado. Todo debe servir al público: a veces lo sirve mejor el ámbito privado, a veces el estatal, pero en todo caso es mejor que lo estatal tenga independencia de cualquier injerencia política. Hemos transformado las grandes empresas brasileñas en empresas capaces de competir. Petrobras, nuestra mayor empresa, es hoy más grande que nunca porque quebramos el monopolio, no el control del gobierno sobre la empresa, sino que abrimos la empresa, que va al mercado y rinde cuentas y hoy día compite y es una de las cinco o seis más grandes del mundo. Y eso pasó con otras empresas, incluso con el Banco de Brasil, que es del gobierno pero que funciona también en competencia con los bancos privados. Lo importante es romper con el monopolio, puesto que un monopolio único privado es peligroso, lo importante es que exista competencia.

Así, por este conjunto de transformaciones y porque Brasil pasó a ser un país que sabe que el futuro está llegando, es que nos sentimos mejor. Sin embargo, nos sentimos desafiados. Todavía hay mucho que hacer para llegar a una economía que no esté basada en la emisión de gas carbónico; para cambiar el país a una economía que podamos llamar “verde” y que sea equilibrada, que permita el crecimiento. Todavía nos sentimos desafiados porque el sistema educacional no corresponde a la necesidad del país; porque cuando el país crece, la infraestructura queda pequeña y es preciso que haya mucha inversión nueva; porque la tasa de ahorro y la tasa de inversión son todavía pequeñas. Y estamos desafiados sobre cómo estamos integrados al mundo: tenemos que mirar lo que pasa en todos lados, lo que pasa en América Latina, en Europa, en Estados Unidos, en China. Y tenemos que confrontarnos con los demás de una manera que sea competitiva y a la vez solidaria.

Termino diciéndoles que ese país nuevo, ese país que hoy en día puede darse el lujo de buscar una proyección más grande, tiene que ser también humilde, no puede pensar que puede hacer lo que le dé la gana. Tenemos que aportar al mundo lo que se ha creado internamente, una condición de convivencia equilibrada, democrática, sólo así podemos ejercer algún grado de influencia, pero nunca con miras a obtener una posición que nos permita imponernos, pues la imposición no sirve ni adentro ni afuera del país, lo importante es el diálogo, la capacidad que podamos desarrollar para dialogar e incluir. Y el mundo de hoy, por la transformación tecnológica, por Internet, por todo lo que pasa, requiere otro tipo de acercamiento a esos temas, pues cada quien quiere participar. Ya no

ocurre como en el pasado, cuando se delegaba y ahí acababa todo. Ahora delegar significa que las personas quieren seguir lo que está pasando y quieren opinar. Ya la gente no está aislada, aún cuando se encuentre en su casa, está conectada y esa conexión conlleva una dimensión social; la gente quiere estar comprometida y eso se siente en la sociedad moderna, que exige más de los gobiernos, que trata de participar más directamente y tener opinión.

Yo no acepto que el otro haga las cosas por mí, puedo delegar, pero quiero que conversen conmigo para saber si se está cumpliendo aquello que delegué, pues quiero, como ciudadano, tomar decisiones, que no sea el colectivo el que las tome; quiero mirar el colectivo, pero sin sufrir la imposición de un colectivo. Eso es una sociedad en la nueva democracia. Eso creo que es el Brasil. Hay una frase famosa que Marx utilizaba mucho cuando hablaba de Inglaterra refiriéndose a Alemania, decía: “de te fabula narratur” lo cual significa “yo estoy contando tu historia”. Así, “de te fabula narratur Venezuela”. Muchas gracias.